

El lunes pasado, dos días después de haberle escrito un largo mensaje por email, me entero, nos enteramos, con una mezcla de honda pena y desolada sorpresa, de que Alejandro Vilafranca, traductor ilustre y muy querido, personalidad única, funcionario permanente en la FAO un tiempo y jefe de la sección de traducción en la UNESCO varios años, había muerto el jueves anterior. Se ha ido discretamente, como solía desaparecer tras sus contratos de temporero, acabados los cuales caíamos en la cuenta de su ausencia el lunes al ver en secretaría una enorme caja de bombones de Martel, con la que se hacía perdonar dulcemente sus mutis por el foro a la francesa, más que naturales en alguien que vivía en París y que había renunciado a cualquier forma de ceremonia o de protagonismo, él, que huía de las situaciones emocionales y efusivas, y sobre todo, de la admiración y muestras de respeto de los más jóvenes, que bien ganadas tenía. Le recuerdo en Nueva York, entre los temporeros de más edad, asiduo de la ópera en el Met y de las exposiciones, luego en Ginebra, siempre correcto, alto, aunque de estatura aminorada por sus dolencias de espalda, que lo martirizaban, escuchador atento e inquisitivo, al que no se le pasaba ni una coma, enfundado en su corbata y chaqueta constante, con la mano izquierda siempre en el bolsillo de la americana, empleando su diestra solamente para corroborar sus rechazos de las ideas peregrinas y los argumentos de conveniencia con un menear presto del índice de un lado al otro del aire situado a la altura del pecho, o ese otro gesto suyo que me resultaba tan gracioso, cuando, para descartar ideas que no valían ni la saliva gastada en ser desmontadas, emitía unos sonidos entre bisbiseantes y piantes con la boca mientras daba un pequeño giro sobre sí mismo, como un paso de baile amagado en homenaje al sentido común.

Alejandro era un temporero ilustre, traductor de temas legales de gran solidez y prosa idiomática de tronío, sin caer en la ranciedad, todo un referente para quienes a ello se dedican en las secciones de traducción de cualquier sede, pero era además un hombre de alta y honda cultura. A veces, a mitad de mañana, entraba sigiloso en mi despacho, incluso con sobresalto, y me contaba cosas, comentaba noticias, hablaba de películas, de política. Su conversación era inagotable, tenía un algo del Pla *xerraire*, pero sobre temas más elevados, menos apegados al terruño (era un catalán hijo de andaluza, y por tanto, poco proclive a las estridencias localistas). Sacaras a colación el libro que sacarás, un poco para darte tono bisoño frente a su solidez de muchos años de lecturas muy atentas, él ya lo había leído y tenía una idea muy clara del libro, de su autor y de los detalles, con su memoria impresionante. Venía para el Bazar anual con bolsas cargadas de libros, (su máxima era la de libro que entra en casa, libro que sale) que dejaba gratuitamente con las damas encargadas de la reventa para alborozo de los hurones, yo incluido. En aquellas bolsas grandes de la Coop había de todo, desde literatura, hasta ensayo, pasando por biografía y libros memorialísticos, que creo que le encantaban. En cuanto al cine francés e italiano, era imbatible, lo sabía todo. De música, tres cuartos de lo mismo. Un día me confesó su desafecto por las sinfonías londinenses de Haydn, que yo encuentro tan silbables y pegadizas: “Nada, nada, un horror”, me despachó con un gesto. No hubo caso de más elaboraciones, si bien pasó a ponerme por las nubes una versión de Boris Godunov que había visto en el Liceu hacía muchos años, llevado por su padre. Buen amante de la pintura, me consta que tenía algunas telas de firmas sonoras, en parte gracias a su hermano galerista, cuya muerte temprana le afectó profundamente. Había traducido en tiempos algo de literatura, los cuentos completos de Isak Dinesen, pero lo precario de la traducción literaria lo desanimó pronto, creo, era hombre con un inequívoco sentido de la mínima dignidad que da el numerario, una dignidad imprescindible, que valoraba más que el propio dinero. Sí publicó algunos artículos dispersos, aquí y allá, uno, magnífico, sobre el poeta Sandro Pena, que yo también admiraba y admiro (“Sandro Pena, o la santidad del

poeta”), que conservo en fotocopia que me hizo, entre las páginas de una de mis varias ediciones de sus escuetas *Poesie*; otro sobre las moradas de D'Annunzio, que publicó en Quimera, y alguno más que no he podido localizar: tenía una pluma ágil, elegante, bien calibrada. Uno se pregunta el porqué de su renuencia a compartir sus juicios y sus gustos y a explayarse con más colaboraciones en revistas, o con unas jugosas memorias onusianas, que echaremos de menos. Quizás fuera de la raza de Armand Obiols/Joan Prat, el amor y crítico particular de Mercè Rodoreda, al que me consta que trató en Viena y en Ginebra, y que le debió influir con su *bartlebismo* lúcido y desengañado. Pero sobre todo, Alejandro era un hombre educado, de los que dejan paso... y dejan a su paso un grato y, como dicen en árabe, perfumado recuerdo.

Al frente de su artículo sobre Pena, colocó un verso suelto del poeta, que no creo que eligiera al azar: “Uomini siamo, più stanchi che vili” (=Hombres somos, más cansados que viles). Alejandro Vilafranca del Castillo ya descansa en el cementerio Père-Lachaise de París, y quienes lo tratamos, al menos como colega y compañero, nos sentimos un poco más solos.